

para cantarlas mi alma necesita
toda tu suavidad y tu ternura.

¡Qué dulce paz, la paz de la concien-
cial
¡qué santo amor el que arrulló mi cuna!
¡qué grata se desliza la existencia,
cuando el candor á la niñez se aduna!

Cantemos, pues, cantemos con acento
do vibre grata mi emoción profunda;
y que en sus puras ráfagas el viento
mi dulce canto por doquier difunda.

FRANCISCO RAMIREZ '10.

UN REPORTAJZO.

ERAN las once de la noche.

¡Desesperación....! Todo el personal del modernísimo periódico «La Hecatombe Roja» presa de mortal angustia, está reunido en el local de la redacción, cruzados de brazos los unos, empuñando con crispada mano las plumas entintadas los otros.

Pero....¡fatalidad....! Nada hay aquel día, nada, ni un solo crimen espeluznante....ni siquiera un pinchazo de aguja....¡ni una hemorragia nasal....! para que llene con su horrible relato aquella columna que da vida al periódico, aquella á la cual debe su popularidad, la columna que se imprime con tinta colorada, la que se titula: ¡¡¡SANGRE!!! la que da siempre tema á los papeleros, para vocear por las calles en todos los tonos: «la hecatombe rojaaa....con el horrible asesinatooo, de una joven vestaaal.....con el hiperbólico suicidio de un honrado jefe de familiaaaa.....!»

¡Nada....! ¡Si habrán bebido horchata hoy los pacíficos habitantes de la ciudad.....!»

De pronto, la vieja puerta del cuartucho cae de un terrible empujón, levantando á su caída una nube de polvo y polilla, y los redactores de un salto se suben á la mesa, se defienden con las sillas, se esconden tras de las resmas de papel, ó esgrimen á guisa de lanzas sus inútiles plumas.

¡Si será Atila con su bárbaros....?»

No, por fortuna; es un reporter, sofocado, sin aliento, sudoroso, que después de pasar el dintel por encima de un monte de astillas, se deja caer jadeante en un banco desvencijado.

—¡Sangre....! ¡ya tenemos sangre....! ya ha corrido sangre, exclama semibufando.

¡Palabra salvadora! Todos los redactores como movidos por un resorte, abandonan á un mismo tiempo su actitud melodramática y corren á sus mesas.

—¡Habla!--gritan todos á la vez.

—¡Uf....uf....uf....apenas puedo....! ¡Un eléctrico....ha atropellado.....»

Apenas ha dicho esto y ya aparecen en las blancas cuartillas del papel, con grandes letras y lo menos con un ciento de admiraciones los siguientes rotulones:

¡DESCUIDO IMPERDONABLE! ¡SIEMPRE LOS ELECTRICOS! ¡ESOS MOTORISTAS! ¡HORRIPILANTE DESGRACIA! ¡¡¡LA VIDA DE LOS CIUDANOS PENDE DE UN HILO....!!!»

El reporter continúa: ¡Un eléctrico....ha atropellado....en el Agua Azul....á un inteligente perro faldero....!»

¡Tableau!